

Traducción

por Juan Álvarez

Luego de un largo viaje desde una ciudad del sur de Los Estados Unidos, B llega a una ciudad del norte de España para ver a uno de sus amigos de infancia. Se trata de una visita vacacional planeada con bastante tiempo de antelación y que deberá durar cinco semanas. B se quedará esas cinco semanas en el diminuto apartamento que su amigo comparte con otra persona. Es verano y todo está arreglado. B y su amigo se vieron por última vez cuatro años atrás, en Colombia, en su ciudad natal, bajo circunstancias personales que en ambos casos se asemejaban más a un circo en llamas que a la tranquilidad material promedio de inmigrantes con trabajos legales.

La noche en que el avión de B aterriza su amigo se encuentra trabajando. Por desgracia, descubre B, el tipo de trabajo le impide desocuparse a una hora razonable. B averigua en un dos por tres lo poco que hay que averiguar para salir del aeropuerto en dirección al metro. Una hora después llega a la dirección indicada. El compañero de piso de su amigo le abre la puerta y amablemente le señala uno de los dos catres en el cuarto de su amigo en donde dormirá. B se quita los zapatos y se tumba, extenuado. En medio de lo que reconoce como un sueño in-

tranquilo, alguien entra en la oscura habitación, cargada de humedad, y le dice:

-Tos qué, pirobo.

B confunde en principio la realidad con el sueño, cree que está durmiendo y por eso no responde al particular saludo que reconoce como de su ciudad y de su tiempo. En medio de su atolondramiento, sin embargo, trata de permanecer atento, con los ojos cerrados, a la espera de lo que pueda pasar con aquella voz difusa.

-Qué gordo que estás, joder –escucha que dicen de nuevo.

Entonces lo entiende todo, se levanta rápidamente, abraza al bulto que en la oscuridad asume como su amigo, y entra con él en una desacompasada conversación que al día siguiente cuando despierta apenas si puede recordar. Lo que sí recuerda, está seguro, es el novedoso carácter del tono y el léxico de su amigo. A excepción del saludo, piensa B, todo lo demás que ha dicho lo ha dicho afectado por el acento de la madre patria. Voltea a mirarlo sonriente para escucharlo hablar de nuevo, pero su amigo duerme.

Ese día luego de almorzar salen a pasear.

Es la primera vez que B está en aquella ciudad. De hecho, es la primera vez que B está en Europa, por lo que le resulta complicado caminar y conversar al mismo tiempo, sorprendido por todo lo que observa. Su amigo, quien parece entender y hasta simpatizar con esta circunstancia, guarda extensos silencios que sólo interrumpe para indicar nombres: el de una calle, el de una iglesia, el de un museo.

A cierta altura del paseo deciden entrar en un café. Toman asiento en una terraza abierta que permite observar la plaza entera adonde han ido a parar. Al entrar B nota cómo su amigo saluda con familiaridad a dos de las meseras.

-¿Te la pasas por acá? –le pregunta.

-Bueno, sí... Se come de puta madre y no es nada costoso.

Pero ellos ya han comido, así que piden cervezas, se acomodan en sus sillas y comienzan a hablar. Luego de tres horas B siente que por fin ha llegado. Han repasado los últimos acontecimientos de su lejana ciudad de origen, se han burlado compasivamente de sus familias y han hecho recuento de las últimas y mutuas desventuras femeninas. Una tarde redonda, piensa B, antes de la quinta cerveza, porque una vez que ésta llega, su amigo resuelve quedarse callado de manera abrupta. Pasan un par de minutos tras los cuales B pregunta si todo está bien. Si que lo está, le responde su amigo, y luego dice:

-¿Y qué tal por allá? ¿Siguen sin enterarse?

Al principio B no entiende nada. Luego se hace una idea veloz: "Allá" tal vez se refiera a Los Estados Unidos, piensa. Inseguro de haber acertado prefiere hacer cara de no enterado.

-Los gringos, quiero decir, ¿cómo manejas aquello? —le aclara su amigo.

Había acertado, piensa B, y renglón seguido entra a hacer una extensa construcción que luego de un rato no lo satisface en lo más mínimo. Habla de sectores críticos sin poder precisar sus ideas; habla de evidencia que demuestra el espíritu manipulador de la prensa sin conseguir hilar tales hechos con sus consecuencias en la sociedad civil; habla de administraciones, de la falacia histórica de la libertad, del sutil y al tiempo vulgar entronizar del ánimo consumista. Nada de lo que dice es claro; ni siquiera son atinadas las descripciones del insólito lugar en el que vivo, piensa B, al tiempo que se asombra y se asusta porque escucha cómo su voz desprendida sigue hablando. Es la primera vez que entre los dos tocamos este tipo de temas, se le ocurre decir, pero ni siquiera con esa sencillez lograr acabar sus palabras.

Luego de un rato salen del café rumbo a un bar que no está a más de cuatro calles. Allí continúan bebiendo y se encuentran con ciertas personas que su amigo le presenta con nombres propios pero que después pasa a llamar "la peña". Cuando salen del bar, hacia las cuatro de la madrugada, el cuerpo de B está agotado. Nadie, cae en la cuenta con alegría, piensa siquiera en la posibilidad de irse a dormir.

La peña comienza entonces a caminar con el acuerdo afianzado de ir en busca del "Azul reproche", es decir, le explican a B, en busca del amanecer y del bar que lleva tal nombre. B los sigue gozoso. Sin embargo, a poco pasos del breve trayecto total, B resulta solitario a la cabeza del grupo. Llevan una dirección que él que no reconoce (que no puede reconocer) pero que curiosamente parece dirigir. En un momento dado alguien grita a sus espaldas:

-¡Cuidado, gringo!

B alcanza a percibir el ademán de su propio acto reflejo, aunque seguramente vencido por el cansancio y el alcohol, apenas si puede seguir bajo la inercia del caminar. Un instante después cae en la cuenta de que nada ha pasado. A pesar, claro, de no ser gringo, se detiene y se voltea. Al frente están los rostros sonrientes de la peña que lentamente sigue su camino hacia él.

-¡Es que hay que traducirle! —escucha que dice el inconfundible tono de su amigo.

Renglón seguido se sueltan las carcajadas seguidas de palabras en inglés que B apenas si puede precisar y que le parece haber escuchado un instante antes de que fueran pronunciadas, como si existiera una vida paralela que ligeramente se anticipa en el tiempo. B levanta la cabeza y descubre que las palabras están dirigidas hacia él y que son traducciones de letreros que cuelgan en los negocios que los rodean. El nombre de un bar, el nombre de una aseguradora. Luego ya no el nombre particular sino el genérico, cosas como “a butcher”, “the post office”. Ellos señalan los lugares o los letreros, los profieren en inglés, le apuntan con el dedo, y se echan a reír.

Después de un rato la broma se agota y todos siguen caminando hasta doblar en una esquina y entrar en el bar acordado. Las voces a B, dentro del nuevo bar, le parecen salidas de la última gruta de las cavernas.

Alrededor de las nueve de la mañana y luego de desayunar cada uno dos grasientas y generosas shawarmas, B y su amigo regresan a casa y se tumban a dormir.

Cuando el sol está a punto de caer B despierta sintiéndose enfermo. Su amigo, tirado en el otro catre a su lado, sigue durmiendo. De acá en adelante tendré que fiestear menos o de lo contrario ni el dinero ni el cuerpo me van a aguantar, se dice a sí mismo. Recostado contra la cabecera de la pequeña cama que en adelante será su fortaleza, B reconstruye la endiablada escena de burla de la noche anterior y, sin desearlo ni esperarlo, descubre una imbatible opresión en su cuerpo. Cinco semanas, calcula, cinco largas semanas.

Juan Álvarez (Neiva, Colombia, 1978). Licenciado en filosofía (Universidad de Los Andes, Bogotá). Egresado del taller de escritores de La Universidad Central de Colombia (Bogotá, 1996). En la actualidad termina el programa bilingüe de maestría en creación literaria en La Universidad de Texas en El Paso, frontera México-americana.